

La noche le sorprendía siempre bajando y subiendo en los ascensores. De uno pasaba a otro. Algunas veces hacía nuevo viaje, se pretextó de haber olvidado un paquete en el piso tanto, o suspendido una entrevista prematadamente. Tenía preferencia por las esas en que no hay ascensorista, porque eso le dejaba un grato placer: ir solo en la cabina. Cuando en los pisos intermedios era detenido por pasajeros que no querían esperar a que el ascensor se ocupase, malhumorábase y abría la puerta casi a regañadientes.

En su casa no había ascensor; ni para qué. Tenía un solo piso: lo que se llama "planta baja". Vivía allí muchos años hacia. Ya estaba familiarizado con sus paredes, con sus rincones, con su ambiente. Y la casa, a su vez, estaba familiarizada contigo. Su llegada era como para las novias la llegada del novio. Parecía que la casa se alegraba de verle entrar, todavía tocada, todavía rechoncho dentro del gabán de anchos pliegues. El comprendía ese afecto de la casa para con su persona, y lo pagaba con sensibles perfumadas de agraciamento. Pero como la casa no tenía ascensor, ni había esperanzas de mandarlo poner, a no ser que fuese para subir a la azotea, concibió el amargo pensamiento de mudarse. Y lo que concibió lo hizo. ¡Qué tristeza la de la despedida! Un día trágico, el día que los carreteros desalojaron las habitaciones y se llevaron los muebles en sendos carros, tuvo un gesto de hombre que abandona a su amante para marcharse con otra. ¡Qué pena! ¡Tenerse que ir, queriéndola!

Se fué a vivir a un rascacielo. Alquilar un pequeño departamento en el piso 15, a fin de elevarse más alto y desender más fondo. ¡El trabajo que le costó! Estaban desocupados los pisos 14 y 27. Se le antojó poco. Mas en el momento de autoírse, fué visitado su cuarto por una idea maravillosa. Llamó a la puerta del último piso, y pidió hablar con el propietario.

—Veré usted—le dijo.—Tengo sumo interés en alquilar este departamento. Motivos de salud. Los especialistas me recomendaron que viva lo más alto posible. Mis pulmones necesitan ozono...

—¿Y?

—No me interrumpa, se lo ruego. En esta casa están desocupados los pisos 17 y 14. Podíamos, como buenos americanos, realizar un negocio.

—Vamos a ver! ¿Qué es lo quiere, hombre?

—Muy sencillo. Me cede este piso, y traslada al 27 o al 14. Yo, en cambio, le obsequiaría unos mil dólares...

El propietario, modesto empleado de comercio, padre de seis hijos, pocas pretensiones y muchas necesidades, abrió tamaños ojos, lo que le permitió restarse mejor del aspecto de su cuarto propietario. Aventuró:

—Mil dólares es poco...

—Cuánto quiere?

—Por menos de cinco mil, no me cambio!

—Trato hecho!

Un día después, al tomar posesión de su nueva morada, nació al ascensorista con mucha vaselina. "Vaselina" llamaba él al dinero. Con vaselina las máquinas caminan mejor. Con vaselina las durezas se ablandan. El ascensorista, doceñado por tan suculenta propina, hizole cien reverencias y mil pucheritos. La cosa iba bien.

Usaba, pues, el ascensor, cada minuto. Cómo lo usaba! Con una conciencia inaudita. Cuando subía, iba pensando en que subía; cuando bajaba, iba pensando en que bajaba. Le molestaba la indiferencia de los demás. Suben o bajan sin darse cuenta. Creen que el ascensor es un vehículo, y no un fin. Bellacos. ¡No comprender la grandeza del ascensor!

El, sí. Para él el ascensor era un simbolo. El simbolo de la vida. La vida es así: un subir y bajar; un volver a subir y otro volver a bajar. Nadie se queda donde está. El que sube, aun a desgano, termina por bajar. Y a la inversa. La propia naturaleza da la pauta. Los vivos ocupan lo alto. Cuando mueren, van al bajo: los entierran.

Tragedia yanqui

De repente le dió por pensar que el ascensor, para ser un símbolo exacto de la vida, necesitaba tener esqueletos. No los tenía. El ascensor subía siempre fácilmente, y bajaba lo mismo. Nunca detenía. Cierta que a veces dejaba de funcionar; pero eso, por estar descompuesto. También los hombres abandonan sus tareas, si enferman. "Sin embargo", se dijo, los inconvenientes de la humana existencia se deben a los extraños, no están en ella. Así, a los ascensores hay que creerles enemigos, ponérles piedras en el camino. Por ejemplo, si yo metiera el dedo a través de la cabina, hasta atravesar la malla metálica de la portezuela exterior, el ascensor quedaría paralizado. Pero también podría ser que yo perdiera el dedo."

Salió a la calle. Llamó a un vendedor de diarios, chiquillo de unos ocho años, haraposo, famélico, triste. Propuso:

—Quieres ganarte un dólar con poco trabajo?

—¡Oh, sí!

Buscó una casa sin ascensorista, y penetró seguido del muchacho. Una vez en marcha el aparato, ordenó:

—Mete el dedo!

Y como el diariero no lo hacía, extrajo



ULTRATUMBA

Muchas cruces e inscripciones, triste y silenciosa gente corando piadosamente ante algunos santos. Lámparas, cirios y velas lanzando destellos rojos, llenos de llanto los ojos de dolor y pesar yertos, y muchos hoyos abiertos aguardando unos despojos! ¡Todo sombra, todo tierra, el placer y la tragedia! ¡La pobreza y la hidalgua hace una loca se encierra! Allí cesa la guerra, allí el oro no es bastante, allí no hay nada infamante, allí todo se derrumba, y ¿qué hay despues de la tumba? ¿qué hay en el último instante? En esa suprema hora en que la vida concluye y de nuestra mente huye toda visión seductora, el hombre blasfema o llora? Quiere o maldice su suerte? y ese gemido tan fuerte que da la materia herida, ¿es un adiós a la vida o es un saludo a la muerte? Ese terrible estertor que sale del pecho herido, ¿es maldición o gemido? ¿es de rabia o de dolor? Y ese llanto abrasador ¿es de alegría o pesar?

Imposible es explicar, más fácil podría ser poner trabas al querer o poner diques al mar!

Flor preciosa que aparece bella cual bello es el cielo, débil rosa que en el suelo de duro granito crece; leve juncos que se mecen al borde de la laguna, si la acción inopportunidad del viento, hasta ellas llega, las destruye, las doblega sin dejar señal alguna. Flor muy preciosa es la vida regada por la ilusión, criada por la ambición y en nuestro pecho nacida, mas cuando la maldecida muerte marca con su sello nuestro porvenir tan bello, cuando la existencia huye, cuando todo se destruye, ¿sabéis qué queda de aquello?

Una frase redentora, un recuerdo en el olvido, ecos de algún pecho herido, una familia que llora, amistad engañadora, una vida nueva, varia, un sollozo, una plegaria, ruina escoria, vil miseria, y cubriendo la materia una inscripción funeraria!

Carlos R. MARCÓ.

abajo, descendía. No tuvo tiempo para retirarse, para pedir auxilio, para abrir la boca, para nada. El ascensor, continuando imposible, lo decapitó como el cuchillo de una guillotina. El tronco quedó separado de la cabeza, que fué a estrellarse en el fondo. Del cuello seccionado manaba sangre a borbotones, cual una catarsis. Brazos y piernas se movían todavía, con epilepsia de aspas de molino...

Alberto HIDALGO.

La ciudad fundada por el aluminio

Ivigtut, la metrópoli del aluminio, es una ciudad situada en la costa suroeste de Groenlandia, pasado el famoso cabo Farewell, y tiene una historia sumamente curiosa.

Los esquimales que habitan en las inmediaciones del cabo Farewell, en las vertientes meridionales de la gran cordillera de Aputajuitok, y en las playas donde recientemente se alzaron las poblaciones de Frederiksdal, Julianehaab y Lichtenau venían empleando desde tiempo inmemorial la piedra de "hielo infusible" para limpiar, preparar y hacer imputrescibles las pieles de focas que usaban en sus vestidos y tiendas y trineos, y también en el comercio.

Hace más de un siglo (en 1806) llegó a aquellas regiones un alemán llamado Giesecke, al cual le dijeron los esquimales dónde se encontraban los criaderos de esa sustancia, "hielo que no se funde", y que, en efecto, por su color y por su consistencia parecía hielo mezclado con nieve. Llegó Giesecke con sus gafas indígenas a las costas inmediatas al fiordo de Arsuk, al norte del cabo de la Desolación, y vió con asombro que aquella rarísima sustancia ocupaba una dilatada superficie en la constitución geológica de aquel suelo. Recogió algunas cantidades para poder averiguar lo que era y las llevó a Europa, donde, analizadas muchos años después, se vió que estaban formadas por el fluoruro doble ya indicado, que la ciencia denomina criolita.

Conocido un día por los químicos el medio de aislar el aluminio; estudiadas después las admirables propiedades de este metal, y creciente su fama de utilidad más y más cada día, se decidió el gobierno danés a explotar aquellos ricos yacimientos. Sobre el terreno en explotación nació el pueblo de Ivigtut, un grupo de casas de madera, donde en el buen tiempo trabajaban 120 a 140 obreros, y donde inviernan por turno la mitad en los meses en que el trabajo es poco menos que imposible. La explotación se hace a cielo abierto, como las de todos los grandes criaderos de minerales. La admirable cantera de criolita de Ivigtut ostenta ya una brecha o socavón de la que se ha extraído una masa de 135 metros de larga por 45 de ancha y treinta de profunda. Los grandes bloques arrancados se dividen en otros pequeños, limpiancidos de las materias extrañas que suelen tener intercuestas, y así preparadas en trozos de forma cúbica se dejan caer por un plano inclinado desde los depósitos de surtido a las vaguetas, que los llevan al almacén general del muelle.

Allí, más que en otras partes, el agua aparece como el enemigo implacable de los mineros, por la gran cantidad de nieves que se funden y que corren infiltradas por el suelo. Para los desagües funcionan en las minas de Ivigtut poderosas máquinas de vapor. En aquella tierra del hielo arden, pues, durante muchos meses, los hogares de las calderas, y cuando el trabajo se disminuye durante el invierno, no cesa tampoco el fuego, porque se aprovechan todas las horas hábiles para hacer saltar, con barreños de pólvora y dinamita, las rocas en que va encajado el yacimiento de criolita.

Los quistes hidatídicos provienen de una pequeña lombriz perruna que produce miles y miles de huevos. Mezclados con el aire y el agua, estos organismos continúan haciendo cría cuando logran introducirse en el cuerpo humano y de aquí la hinchazón que presenta el órgano atacado.

Para que la tierra americana conserve el "record" de las excentricidades hasta en la Naturaleza, allí está el insecto "empis popilis", que para satisfacer su deseo de elevarse por los aires se fabrica un globo constituido por bolitas yuxtapuestas; esta construcción del sabio insecto, tiene siete milímetros de diámetro, son viscosas y productos de una excreción.